

## Las narrativas del desastre<sup>1</sup>

Daniel Alvaro

El desastre oscuro es el que porta la luz  
Maurice Blanchot, *La escritura del desastre*

Gabriel Gatti acaba de publicar un libro importante sobre los efectos sociales de la desaparición forzada de personas durante las últimas dictaduras militares de Argentina y Uruguay. En un momento en el que proliferan las publicaciones académicas sobre el tema, la investigación de Gatti invita a reconsiderar las preguntas que movilizan la discusión desplazando sensiblemente las tentativas habituales para pensar la figura del detenido-desaparecido. Muy probablemente, este desplazamiento —verdadera ruptura respecto de las formas consagradas de abordar una cuestión que se sabe de antemano inabordable— sea el motivo central de este libro. Sin embargo, por acertada o decisiva que sea esta cuestión, no consigue agotar el significado de los acontecimientos que este texto produce y por los que merece ser llamado, en muchos sentidos, excepcional.

Consideremos una primera extrañeza. *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad* (Montevideo, Trilce, 2008) es nada menos que un texto sociológico escrito en primera persona del singular: “«Yo» soy Gabriel Gatti, doctor en Sociología. Habitualmente me interesa pensar y enseñar sobre identidad colectiva y sobre teoría sociológica [...]. «Yo» soy también hijo de Gerardo y hermano de Adriana, cuñado de Ricardo y aun soy primo de Simón, que ya no es Simón pero que al menos *es*. Todos ellos son o han sido, bajo distintas formas, detenidos-desaparecidos”. Con esta declaración, que no deja de

---

<sup>1</sup> Sobre el libro de Gabriel Gatti, *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*, Montevideo, Trilce, 2008.

ser a su vez una suerte de confesión, comienza el libro. Esta dura estrategia quizás responda a la necesidad de situarse de entrada, y de situar al lector, en el corazón mismo del problema. Como si el autor dijese: “yo” soy esto y soy lo otro, no vale la pena ocultarlo, más bien al contrario, me urge que lo sepan desde ahora pues en realidad mi discurso versará sobre cierta catástrofe del sentido, sobre el trastorno de lo que habitualmente llamamos “identidad” y, más concretamente, sobre los diversos modos en que los sujetos involucrados en la catástrofe se representan el fenómeno –pues bien, “yo” soy uno de esos sujetos, y en consecuencia, “el lugar desde el que hablo” coincide con un lugar más amplio “sobre el que hablo”: “el campo del detenido-desaparecido”.

Una vez dicho esto, habría que evitar un malentendido: no es éste un ensayo autobiográfico. Si en un principio el autor se expone, dando a conocer su situación o parte de su vida familiar, es sobre todo para recordar a los lectores que su propia narrativa (en este caso una narrativa sociológica) no es ajena al asunto de “las narrativas” de las que efectivamente va a ocuparse. Su forma de hacer sociología se identifica o al menos busca identificarse con eso mismo que el autor describe como “*otra forma de narrar la desaparición*”. De aquí que no solamente su *discurso*, sino su *texto* (que en verdad no es completamente suyo si consideramos que una multitud de voces dispersas pero identificables violentan los márgenes en forma de fotografías, dibujos, collages, textos...) se pueda leer como comprobación de una de las hipótesis que guían la investigación. A saber, que “la desaparición forzada es una catástrofe para la identidad y para el lenguaje”. Gatti afirma pensar y vivir la desaparición forzada como *catástrofe*, vale decir, como trastorno radical del sentido, permanente y sin sutura posible. *Catástrofe* significa ante todo la disociación absoluta entre palabras y cosas. Toda la cuestión pasaría entonces por cómo hablar de aquello que una y otra vez nos deja sin habla. O bien, la pregunta sería: ¿cómo sostener un discurso sociológico allí donde ningún discurso más allá de su filiación es capaz de sostenerse? O también: ¿cómo representarse un fenómeno que comienza por amenazar la posibilidad misma de la representación en general?

Si estos interrogantes de apariencia contradictoria se revelan hoy más

pertinentes que nunca es porque empezamos a constatar, con retraso y a desgano, que no estamos en condiciones de responder a una pregunta elemental: *¿qué es un desaparecido?* Y con esto no nos referimos más que de forma indirecta al debate sobre el vacío jurídico en torno a la figura del detenido-desaparecido. Más bien, con esto señalamos la necesidad de tomar en serio las implicaciones teóricas y prácticas de algo así como un vacío ontológico, de “un espacio de inestabilidad perpetua” –según la expresión de Gatti– desde donde pensar eso que llamamos *un desaparecido*. Como espectros, los desaparecidos rondan entre nosotros y a veces en nosotros mismos; nadie duda de su presencia y sin embargo es su ausencia, su ser de ausencia o su ser-ausente, aquello que más propiamente los identifica. Por ende, si hubiera una “lógica del desaparecido”, y creo que este libro nos ofrece valiosas herramientas para comenzar a pensarla, esta sería indisoluble de una “lógica de la espectralidad” (Jacques Derrida). Ni presentes ni ausentes, ni vivos ni muertos, o bien, todo eso a la vez. Gatti va a detenerse de manera intermitente sobre esta cuestión en distintos momentos de su texto. Por ejemplo, y por no tomar más que éste, cuando dice: “Están muertos, pero sin embargo siguen en el limbo de los no-muertos-no-vivos, los desaparecidos. [...] Siempre *están siendo* desaparecidos: ni vivos ni muertos, entidades incómodas para hablar de ellas, ya lo creo; incómodas para construir identidad en torno a ellas, les aseguro; incómodas también para hacer sociología sobre ellas y sobre las identidades que en su entorno se han ido conformando con los años, no tengan dudas”.

Asumida la incomodidad como premisa general de este trabajo, se afirma, por un lado, que en esa realidad devastada a la que llama *campo del detenido-desaparecido* se puede vivir y de hecho “se vive”, y por otro lado, que los “modos de contar y vivir” lo que allí sucede se organizan de acuerdo a la singular combinación de dos narrativas. Con ellas, evidentemente, no se busca dar cuenta de la totalidad de las representaciones sociales del *campo*, sino que funcionan como “tipos ideales” weberianos, o dicho de otra forma, como horizontes tendenciales de la acción. Estos dos modos de contar y vivir la desaparición forzada de personas son la *narrativa del sentido* y la *narrativa de la ausencia de sentido*. La prime-

ra suele ser unas veces épica y otras veces trágica. A ella van asociados los discursos fundacionales del entorno del “desaparecido” y por esta justa razón se la considera la más antigua de las dos. La segunda de estas narrativas es tragicómica y, muchas veces, se nos dice, hasta paródica. Es más reciente que la anterior y la mayoría de sus gestores pertenecen a las generaciones jóvenes.

Más puntualmente, las *narrativas del sentido* serían aquellas que intentan volver las cosas a su lugar sin desconocer la catástrofe pero bajo la férrea convicción de que el orden puede y debe ser reestablecido. Algunos de sus principales agentes son arqueólogos, archiveros, antropólogos y psicoanalistas. Todos ellos, y sus respectivas narrativas, responden al “mandato de la memoria”, por lo que muchas veces confunden o bien homologan sin tener clara conciencia de ello, “memoria” y “verdad”. Los agentes de la memoria trabajan, pues, para recuperar sentido, pudiendo devenir, en casos límite, verdaderos “militantes del sentido”. A priori, dice Gatti, no habría nada de objetable en esto. Y en efecto, nada parece más legítimo y a la vez más necesario que la puesta en orden de los fragmentos restantes a los efectos de reconstruir una historia y unos relatos con sentido, una historia y unos relatos que simbolizan, para muchos y para muchas, el acceso indirecto a un pasado de otro modo indescifrable. Con todo, estas estrategias, que hoy por hoy son las dominantes, acarrear un riesgo considerable: hacer del detenido-desaparecido otra cosa que lo que “es”, esto es, casi siempre, hacer del detenido-desaparecido *un sujeto*. Cuando se busca dar sentido a una identidad “sin-sentido” -lo que no quiere decir que originariamente careciera de sentido ni que lo haya perdido sino que su rasgo diferencial es que ella, la identidad “desaparecido”, rompe con el sentido- el fenómeno mismo y sus efectos se desvirtúan. El desaparecido, o bien, la desaparecida, es un “quien”, *un alguno o una alguna*. Cada uno de ellos y cada una de ellas tiene una identidad, no pueden no tenerla, y sin embargo todo en ellos/as pone en cuestión el concepto mismo de “identidad”. Dicho con otras palabras, elaborar la catástrofe equivale a sustituirla por algo representable, y en consecuencia, por algo que ya no sería una catástrofe -del mismo modo que un “trabajo de duelo” exitoso equivale a “interiorizar” al otro en nosotros violentando así

su alteridad. En términos generales, estos son los supuestos sobre los que descansan las llamadas “políticas del equilibrio”, “políticas de la identidad” o “políticas de conservación de lo que es”. Paralelamente a una crítica de la idea de identidad y de los valores conceptuales a ella asociados (naturaleza, origen, gen, etc.), Gatti propone un análisis audaz sobre las derivas de estas “políticas del equilibrio” en relación a sus principales destinatarios y gestores: los familiares de desaparecidos y las diversas organizaciones que los representan.

Al interior de esta misma configuración problemática —o de este *campo*— se encuentran las *narrativas de la ausencia de sentido*. Respecto de las anteriores estas constituyen una verdadera novedad; en Argentina comenzaron a surgir hace aproximadamente cinco años, mientras que en Uruguay el fenómeno es todavía más reciente. Todos, o casi todos los ejemplos que Gatti recoge de este tipo de narrativas (salvo quizás el suyo propio) corresponden no casualmente al mundo de las artes. Películas, fotografías, instalaciones, pinturas, poesías y monumentos fomentan estas otras narrativas posibles para decir la catástrofe. Se las llama *narrativas para la ausencia de sentido* precisamente porque ellas se construyen en esta ausencia, sus portavoces asumen el vacío como lugar de enunciación. Acaso ni siquiera se pueda decir que ellos, los “hijos-de”, los “huerfanitos”, “hijos sin padres” o “hijos de abuelas”, tal como se autodenominan algunos de los entrevistados de esta investigación, elijan ese lugar para hablar. Más bien parecen afirmarlo o reafirmarlo como una herencia no elegida, y en esa medida, como una herencia a ser reinterpretada. Desde el comienzo Gatti dice sentirse allí en su lugar. Sin duda, su narrativa forma parte de eso que su texto describe en términos de sin-sentido, incomprendibilidad, irrepresentabilidad. Puesto que su lenguaje, aun siendo “sociológico” y no “artístico” (aunque en rigor esta distinción también se encuentra amenazada), no carece de la creatividad requerida para afrontar la catástrofe en sus propios términos. También en su texto, como en muchas de las estrategias discursivas que analiza allí, hay “parodia”. Esta, en cuanto estrategia privilegiada de las narrativas de la ausencia, se define como “un *acatamiento distante* de lo que nos, de lo que *me*, hace, de la obediencia respetuosa pero con dudas de esas ficciones magníficas,

eficaces llamadas *mis orígenes, mi identidad, mi historia, mi herencia, mi sangre, mis deberes filiales, mis lealtades...*” Un mecanismo eficaz, en suma, para activar una discusión y un cuestionamiento serio respecto de un esquema que parece desde siempre indiscutible y fuera de cuestión.

Resulta significativo que en un texto orientado a pensar el horror y sus consecuencias se evite por todos los medios adoptar un tono acusatorio. Asimismo, se evita la estupefacción, reacción característica de ciertos pensadores contemporáneos ante fenómenos comúnmente denunciados como monstruosos o aberrantes. De lo que se trata aquí es de demostrar hasta qué punto la lógica que hizo funcionar la maquinaria de desaparición montada por los estados argentino y uruguayo se corresponde con la lógica general del moderno proceso civilizatorio. Con el nombre de *descivilización* Gatti designa el proceso por el cual la maquinaria civilizatoria opera contra sí misma, y no precisamente como un proceso de barbarización, tal como se quiso ver tantas veces en las experiencias totalitarias del siglo veinte, sino más bien como un proceso de civilización exacerbada. Desde esta perspectiva, entonces, cabría pensar el fenómeno social de la desaparición forzada de personas como apoteosis del proceso civilizatorio. Ciertamente no hay lenguaje para decir esta catástrofe, mas no por ello es un fenómeno indecible. Entre las consecuencias no buscadas de este proceso hay que contar, pues, con la emergencia de registros absolutamente novedosos para decir aquello que resulta imposible de decir. Registros novedosos en la medida en que sus marcos de referencias son otros que los que rigen las narrativas amarradas al sentido. Ya no puede pasar inadvertido que uno de los sentidos de la catástrofe es necesariamente el desastre del sentido. Por eso, creo no ser demasiado injusto con los designios del autor atribuyéndole a la catástrofe un vuelco desastroso o un movimiento de desastre, en el sentido preciso en que Maurice Blanchot solía utilizar esta palabra. *Desastre*: “estar separado de la estrella”: ruptura radical con los astros, con el orden que sigue el sentido.